

Eduardo Marquina

POETA DRAMATICO

E consigna Eugenio d'Ors al acervo marquiniano una «adquisición considerable para la poesía de hoy». «Sospecho—dice *Xenius*—que Eduardo Marquina es algo así como el descubridor de un nuevo instrumento para la expresión poética; de cierto lenguaje que, verso todavía y sin ninguna razón para dejar de serlo, se adapta, no obstante, al tipo de la elocución oratoria; sigue sin timidez sus bien razonados giros; se mantiene en un tono medio, voluntariamente abstracto, didascálico, analítico y, como suele decirse, *prosaico*, tono que le permite, en efecto, adaptarse a usos tenidos generalmente por exclusivos de la prosa.»

Resulta, pues, Eduardo Marquina, en el sentido apuntado por las palabras d'orsianas, un innovador. Ni siquiera le falta este mérito, en tiempos en que se cobra con intereses tan desmesurados la originalidad por los poetas. ¿La poesía nueva? Bien, muy bien. Pero no se olviden nunca los límites; porque, de lo contrario, a la clásica división tripartita —poesía lírica, épica y dramática— habría que añadir un término más: lo que pudiéramos llamar poesía... hipotetaria.

Hubo una época, no demasiado lejana, en que ciertos cenáculos literarios ensayaron sus furores iconoclastas con los nombres gloriosos de Benavente y Marquina. Ocurría este curioso fenómeno: que Juan Ramón Jiménez llamaba a Benavente «Príncipe de este Renacimiento», y los Machado, al dedicarle la hermosa tragedia de Julianillo Valcárcel, decían de él que era «el creador de todo un teatro» y le ofrendaban «su admiración sin límites»; y luego nos asombraba quien, por seguir o leer simplemente a Antonio o Manuel Machado o a Juan Ramón, creyese como ungido del derecho a desdeñar a los otros. Es decir, que eran más machadistas que ambos hermanos juntos y más juanramonistas que el propio Juan Ramón. A tan desaforados extremos conduce el papanatismo en el Arte.

Parécenos que toda la cuestión se reducía a esto: Eduardo Marquina es un poeta dramático. Y, como poeta dramático, ¿podemos subestimar a Juan Ramón? No; porque Juan Ramón no lo ha sido nunca. Pues, justamente, he ahí lo que sucede con Marquina: que no es un mal poeta lírico —no hay poetas buenos y malos, sino poetas y... nada más—, sino que no es poeta lírico.



Eduardo Marquina.